



En el Japón medieval, tras una gran batalla, el jefe de los samuráis shogun se pasea a caballo por los campos, contemplando su victoria. Pasa por delante de un templo, ve a un monje sentado, adormilado junto a la puerta y se dirige hacia él. Está acostumbrado a ver que, a su paso, todo el mundo tiembla de miedo. El monje permanece sentado viendo como se acerca. Entonces el samurai desenvaina su sable dispuesto a cortarle la cabeza. El monje le dice: «Aquí se abren las puertas del infierno». El samurai duda y envaina su sable. El monje añade: «Aquí se abren las puertas del paraíso.» La frontera entre las múltiples vidas que podemos emprender es muy delgada. Kodo Sawaki decía: «La vida es como un tornillo», según el lugar en el que lo pongas el uso puede ser muy diferente. Por eso es muy importante desarrollar el ojo que permite percibir, distinguir lo que es importante de lo que no lo es, lo que es urgente hacer de lo que no lo es. Ese gesto que consiste en capturar kairós, ese punto sin espesor, permite actuar sobre las circunstancias atribuyéndoles un sentido.

Dôgen en el *Shôbôgenzô* habla de un lugar en medio del océano que se llama «la puerta del dragón». Ese lugar se encuentra en medio de la inmensidad del océano. En ese lugar las olas son iguales que en cualquier parte, no se puede distinguir. Sin embargo, en ese lugar preciso, todo se convierte en Buda, todo se transforma. Basta con tener ojos para ver, con estar atento, despierto.

Raphaël Doko Triet  
Egino 9-12 octubre 2010

